

1983

Liliana Weinberg*

Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Universidad Nacional Autónoma de México

PALABRAS CLAVE: ÁNGEL RAMA, CRÍTICA, INTELLECTUALES, TEORÍA LITERARIA EN AMÉRICA LATINA, CULTURA LATINOAMERICANA,

1 983, el año de la muerte de Ángel Rama, es también el año en que se publica su texto “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, prólogo a un libro publicado por el Círculo de Lectores.¹

1983 es el año en que Ronald Reagan anuncia el comienzo de la ofensiva estratégica que llamará la “guerra de las galaxias”, iniciativa que acelera las contradicciones que terminarán con la Unión Soviética. El papa Juan Pablo II se entrevista con Lech Walesa, y Milan Kundera publica *La insoportable levedad del ser*, mientras que Italo Calvino publica *Palomar*. Luc Montagner identifica el virus del SIDA. La sociedad se empieza a reconocer a sí misma como “civil” y paulatinamente la lucha política se hace social. En América Latina se acelera la descomposición de las dictaduras: Pinochet levanta el estado de excepción presionado por las fuerzas políticas de oposición; la junta militar argentina llega al final de su mandato y el 26 de octubre Raúl Alfonsín gana las elecciones presidenciales; poco después surge la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. En Uruguay se acentúa el deterioro de la dictadura militar que permitirá un año después convocar a elecciones.

*weinberg@servidor.unam.mx

¹ Este texto se publicó originalmente como prólogo a la colección de Clásicos Hispanoamericanos, volumen II, Modernismo, Barcelona, Círculo de Lectores, 1983, y se reproduce en *La crítica*, (82-96).

Liliana Weinberg

Forzado por la situación creada por el Servicio de Inmigración de los Estados Unidos, Ángel Rama, quien acababa de ganar la beca Guggenheim para el estudio de la “Historia de la cultura latinoamericana: 1810-1900”, debe abandonar su trabajo en la Universidad de Maryland, acusado de “subversivo comunista” por el gobierno de Reagan. Sale de Estados Unidos el 20 de febrero para buscar una nueva residencia definitiva en París. Se establece cerca de la Biblioteca Nacional, para continuar sus investigaciones sobre las configuraciones culturales correspondientes a la modernización del último tercio del siglo XIX. Estos duros momentos quedan consignados en las últimas páginas de su *Diario*. El 20 de abril de 1983 anota:

Primer día en la casa nueva 9ème Notre Dame des Victoires, aún con pintores y sin todos los muebles. La inestabilidad, que ha hecho el fondo de mi vida en estos últimos seis meses, persiste, pero el espacio más fijo de la nueva casa, la atempera. Una ficción de hogar, aunque ¿por cuánto tiempo?

Los meses finales de Washington fueron mucho más duros de lo que yo mismo estaba dispuesto a reconocer: sensación lancinante de soledad y acabamiento, renuncia a una vida por mí regida, reconocimiento de una cercana vejez [...]

Todo tuvo poco que ver con el conflicto con los bárbaros de la administración reaganista, aunque ellos desencadenaron la situación. Lo importante fue la destrucción de un destino trazado y organizado, de una familia afectuosa, de un lugar amoroso [...]

Revestir un nuevo disfraz: nuevos amigos, intereses, planes, nuevos libros y asuntos, nuevos gozos. No nuevo destino, para el cual no parece quedar tiempo: cumpliré 57 años el próximo 30 de abril. (20 de abril de 1983).

Y el 2 de mayo escribe:

La instalación del apartamento ha devorado todo el tiempo. O, mejor, le hemos entregado todo nuestro tiempo para olvidar lo pasado, las nuevas dificultades surgidas... Con todo, vamos acercándonos, en un modo elusivo, al clima de trabajo, buscándolo y rehusándolo [...]

El pasado empieza a pesar menos [...]

Creo que una vez que esté metido en mi trabajo de lleno y comience a generar nuevos proyectos, se irá cicatrizando mi sensación de malestar [...]

Lo que me faltaba en el conocimiento de “las entrañas del monstruo”.²(166-167)

² El “nuestro” y el “nosotros” los abarcan a él mismo y a su esposa Marta Traba.

Con la cita de Martí se cierra el *Diario*. Ese último año Rama no se queda quieto en la casa de París. Es invitado por la Universidad de Bonn al homenaje al historiador peruano Jorge Basadre. También se le invita a participar, en París, en un coloquio sobre “Literatura y pensamientos contemporáneos en América Latina y el Caribe”. Siguiendo con un ritmo afiebrado y descomunal de trabajo, viaja en julio a Caracas para participar en el Primer Congreso sobre Pensamiento Político Latinoamericano, con una ponencia titulada “Vigencia del pensamiento de Simón Rodríguez” y la Universidad de San Marcos de Lima le otorga el título de profesor *Honoris Causa*. En esa ocasión leerá un discurso sobre la obra de José María Arguedas, a quien considera un representante fundamental del cruce entre los procesos de modernización literaria y la transculturación narrativa en América Latina.³

En julio de 1983 concede a Jesús Díaz Caballero, también en Lima, la que convertiría una de sus últimas entrevistas extensas, y un balance de impar valor de sus posiciones estéticas e ideológicas. En septiembre viaja a Campinas y a México para asistir a la reunión anual de la Latin American Studies Association (LASA) y a Caracas para participar en el Congreso Internacional del *Pen Club*, donde junto con Claude Cauffon organiza una mesa redonda sobre “La literatura latinoamericana como encrucijada del viejo y nuevo mundo”. Comienza a organizar para Biblioteca Ayacucho una nueva colección popular, “Textos claves de América Latina”, “para uso de los estudiantes del continente”. En noviembre asiste en Madrid a las “Segundas Jornadas de Sociología de la Literatura”. El 26 de noviembre, cuando se dirigía a Bogotá con su esposa Marta Traba para participar en el “Primer Encuentro de la Cultura Hispanoamericana”, al que había sido invitado por el presidente de Colombia, se accidenta su avión y muere en Mejorada del Campo, España.⁴

Si he querido hacer un recuento de este, insisto, descomunal despliegue de actividades durante aquellos que un accidente de aviación convirtió en los últimos meses de la vida de Ángel Rama, quien contaba por entonces con 57 años de edad, es porque lo considero altamente representativo de la figura del intelectual latinoamericano: dedicado a fondo tanto al trabajo de investigación erudita en bibliotecas como a la confección de prólogos, conferencias, colecciones de libros, organización de mesas, participación a través de ponencias, y recuperación para

³ Véase el prólogo de Sosnowski en Ángel Rama, *La crítica* (XVI).

⁴ Me baso en el pormenorizado recuento de estas actividades que aparece en Ángel Rama, *La crítica*. Entre los muchos textos que incluye esta antología de la obra de Rama, contamos con el texto antes mencionado, “La modernización literaria latinoamericana (1870–1910)”.

Liliana Weinberg

nuestra memoria de figuras olvidadas, mal leídas, desconocidas, como la de Simón Rodríguez y el pensamiento político latinoamericano, o redescubridor de un escritor sólo recientemente recuperado como lo fue el tan enigmático como genial colombiano José Antonio Ramos Sucre, así como dedicado a indagar temas de largo alcance, como la literatura latinoamericana en su conjunto, incluido ahora el Caribe. Él mismo representa entonces por antonomasia esa figura del intelectual latinoamericano dedicado a múltiples actividades y comprometido en varias áreas de la intervención pública, y ese intelectual al que su compromiso lo lleva a la persecución por parte del poder, como él mismo lo vivió y lo aplicó en sus estudios sobre la literatura latinoamericana y la participación de los intelectuales en el proceso de la vida social, como lo estudió para la “generación crítica” del Uruguay.

No es casual que esta peculiar forma de maduración de la teoría y la crítica literaria en América Latina en la que participa Rama se diera así, no en cómodos recintos académicos, sino en ese espacio simbólico de compromiso que se une por avión entre el viejo y el nuevo mundo, en una ida y vuelta ininterrumpidas entre los investigadores de Europa y Estados Unidos (Universidad de Maryland, Beca Guggenheim, LASA), que se preocupan por la literatura latinoamericana y la apertura de los ámbitos académicos y políticos de nuestra América y que se interesan también por aclimatar nuevos temas de discusión, y esa Caracas donde Rama fundara la Biblioteca Ayacucho y para la que estaba diseñando ya una nueva colección de formato popular y amplio tiraje capaz de llegar al gran público estudiantil. No es casual que él mismo viviera el vertiginoso ajuste del reloj latinoamericano con la hora del mundo: un ajuste que se cobró su propia vida.

Es el consabido destino del intelectual de la región, como ya lo anunciaron, vivieron y reflexionaron los propios Martí, Reyes, Henríquez Ureña: esta imposibilidad casi endémica para que el intelectual se pueda concentrar en un ámbito protegido y amparado por un buen sueldo ha sido constante en nuestra América. El hombre de ideas ha tenido que vivir aquí, para bien y para mal, dividido entre muchos trabajos “alimenticios”, comprometido con diversas esferas estratégicas, y dedicado afiebradamente a estudiar y escribir, pero también a difundir, abrir espacios de discusión, inaugurar empresas editoriales. Y esto ha redundado en un mayor sacrificio de su persona y su tiempo, ese vivir “a salto de mata”, con la precariedad vital de quien añora siempre una casa, a la vez que en un mayor enriquecimiento de su visión crítica, que va integrando todas estas experiencias intelectuales y anticipando imaginativamente otras.

De este modo, obligarnos a hacer un “corte” en la vida de Rama en vísperas de su muerte es permitirnos así observar el panorama del campo intelectual de

esos años, en muchos de cuyos ámbitos incidió el propio Rama como autor, como lector, como crítico, como editor, como erudito, como periodista, como militante político, como animador cultural.

La “normalización” de la crítica literaria en la región siguió así una doble vía, académica a la vez que extraacadémica, si se piensa en los itinerarios vitales de grandes críticos como Rama, Antônio Cândido, Antonio Cornejo Polar, Beatriz Sarlo. Sus encuentros en distintos foros académicos, su participación en revistas y publicaciones colectivas —muchas de ellas fundadas o animadas por los propios críticos—, e incluso los diálogos implícitos, la apelación a ciertos maestros y conceptos base que permiten ir construyendo una tradición (pienso, particularmente, en Pedro Henríquez Ureña y el concepto de “cultura”), así como el horizonte compartido de lecturas y las referencias intertextuales que se hacen en sus respectivas obras, nos permiten ir trazando un espacio de intelección clave para intentar el rastreo de aquello que Pablo Rocca llama muy certeramente “una teoría literaria latinoamericana” (47-67).

Así, por ejemplo, a partir de la década de 1960, cuando se da su primer encuentro con Rama, Antônio Cândido —quien contaba ya con una sólida formación universitaria de base, una admirable carrera académica y una vasta producción crítica dedicada a la literatura de Brasil—, comienza a proyectar su acción a otros ámbitos de la intervención cultural, como lo prueba la publicación en revistas dirigidas por Rama y Cornejo (*Escritura y Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*) y su colaboración en *América Latina en su literatura*, obra auspiciada por la UNESCO.

Por su parte, Rama, quien proviene del periodismo cultural de gran altura, desde la revista *Marcha* de Montevideo, y adquiere una formación de autodidacto, comenzará a partir de la década de 1960, precisamente en el momento de su encuentro con Cândido, una nueva etapa de su vida ligada con actividades de corte académico como la docencia, y la progresiva profundización en la reflexión teórica y la crítica de altura que lo llevará a un trabajo de corte académico fuera de la academia. Es precisamente en *Marcha* donde publica, en 1960, “La construcción de una literatura”, obra en la cual se refiere ya a los “Momentos decisivos” e incorpora el concepto de “sistema literario” de Cândido, para examinar las posibilidades de construcción de una literatura, a la que consideraba una tarea fundamental y el desafío más alto para la responsabilidad cultural: “Mientras que a las grandes creaciones sólo podemos esperarlas y desearlas, y responden a los dones íntimos de los individuos —escribe—, en cambio podemos crear esto: una literatura” (*apud.* Antelo 23).

Liliana Weinberg

Pero la vida accidentada e itinerante de un intelectual como Rama no debe confundirnos y hacernos pensar que la imposibilidad de una adscripción académica estable y de tiempo completo le hubiera impedido contribuir a generar precisamente entonces el que considero más maduro proyecto intelectual latinoamericano, en una muy poco “normal” normalización académica que se ve compensada por la apertura de un sólido *espacio simbólico de intelección* donde se construye la gran crítica latinoamericana con la integración del Brasil y una paulatina y posterior integración de las culturas no hispanohablantes del Caribe, con la elaboración de categorías de análisis tales como, en el caso de Rama, “ciudad letrada”, o con la aclimatación de categorías propuestas por otros intelectuales en otros ámbitos teóricos o geográficos de discusión, como es el caso de la categoría de “transculturación” acuñada por el antropólogo Fernando Ortiz en el ámbito de los estudios sociales, o “sistema”, que Antônio Cândido había propuesto para Brasil.

El encuentro con Cândido a partir del concepto de “sistema” se gesta en la década de 1970 y reaparece precisamente en 1983, en una nueva integración que presagiaba una nueva síntesis teórica por parte de Rama y el lanzamiento de una nueva etapa para la teoría y la crítica literaria en su propia trayectoria y en la de toda América Latina.

De estas tres categorías, la de “transculturación” lo llevó a integrar uno de los grandes aportes críticos de la antropología latinoamericana, que es el concepto planteado por el cubano Fernando Ortiz como superación del concepto de aculturación, tempranamente retomado, como bien observa Mabel Moraña, por Mariano Picón-Salas, y a la vez aplicarlo al estudio de nuestra producción literaria en su *Transculturación narrativa en América Latina*, que fue pionero en América Latina, en cuanto constituye, como dice Patricia D’Allemand:

[...] una de las más significativas contribuciones al proyecto colectivo de construcción de una crítica latinoamericana autónoma, liberada del peso de esquemas etnocentristas, que despegara en los años 70. El término, tomado de Fernando Ortiz, replantea el concepto de ‘aculturación’, que describe el comportamiento del elemento dominado como receptor pasivo de la cultura impuesta por el elemento dominante, en una situación de contacto cultural, mientras que el de transculturación enfatiza el papel activo y creativo involucrado en los procesos de apropiación de discursos por parte de la cultura dominada, así como su capacidad de irresistencia y su tenacidad en el mantenimiento y la reelaboración de su identidad.

Su propuesta transculturadora rediseña el mapa cultural latinoamericano, enfatizando su multiplicidad y su densidad y propiciando un rescate para el corpus

de las letras modernas continentales, de las literaturas articuladas a las culturas regionales y campesinas, hasta entonces escamoteadas por los modelos críticos dominantes. Su recuperación de la narrativa de Arguedas para la literatura de vanguardia latinoamericana abre el camino para una consideración global del potencial contra-hegemónico de literaturas que, nutridas de las culturas tradicionales, ofrecen vías alternativas de renovación, especialmente americanas, como es el caso de la obra de Gabriel García Márquez, de Augusto Roa Bastos, o del brasileño João Guimarães Rosa. (Medina 3909, *s.v.* “Ángel Rama”)

Otro concepto fundamental, el de “ciudad letrada”, fue planteado como la posibilidad de pensar el papel de las élites y estudiarlo como un sistema articulado y complejo, que incluye un nivel más de complejidad en cuanto implica a la vez relación con el *hinterland* y con las condiciones externas de autorización y legitimación. La noción de “ciudad letrada” surge del descubrimiento de que en América Latina —y parafraseando una expresión de Darcy Ribeiro—, la emergencia de las élites se da *en lugar de* y no *como consecuencia del* crecimiento armónico de la sociedad. Surge así la propuesta de un giro fundamental en el papel de nuestra inteligencia crítica, esto es, un esfuerzo por repensar el papel de los intelectuales comparándolo con el de las élites tradicionales, que, en lugar de hacer de su competencia una nota de diferenciación social, se abra a nuevos proyectos políticos incluyentes. He aquí uno de los grandes dramas de nuestros mejores intelectuales: cómo poner esa competencia, que fue pensada por el sistema opresor como forma de reproducción de las élites y de confirmación de ese *status*, al servicio del pueblo, y el elemento realmente trágico que esto conlleva (el autoexilio de los círculos del poder sin que ello garantice la acogida por parte de otros sectores de la población).

Rama incorporó también otros conceptos clave, como el de “función intelectual”, en la obra ya analizada por Rocío Antúnez, y fue particularmente sensible a la necesidad de respetar la complejidad de los fenómenos y determinar diversos puntos de articulación.

Podemos entonces conjeturar que hacia 1983 el pensamiento de Ángel Rama había llegado a un importante momento de síntesis e integración y a un grado de interlocución con otras grandes figuras que lo convertían en uno de los principales representantes de la crítica literaria latinoamericana y que formaban parte de un proyecto que su muerte dejó trunco pero que podemos intentar reconstruir. Anotamos a continuación algunos de los elementos a tomar en cuenta para esa posible tarea:

Liliana Weinberg

—La integración de la tradición de análisis histórico y cultural que había madurado a partir de la obra de Mariátegui y Henríquez Ureña, quienes repiense la relación texto–contexto y literatura–cultura y encuentran, a partir de conceptos como los de “valores signo” (Mariátegui) o “configuración cultural” (Henríquez Ureña) un valioso aporte para estudiar los textos en cuanto *insertos* en un espacio simbólico. Quiero insistir en que el aporte de Henríquez Ureña, que tanto eco tuvo en Rama, no sólo consistió en la introducción de la categoría antropológica de cultura para pensar la literatura, sino también —entre muchos otros más— en encontrar modos de articulación para repensar la relación texto–contexto.

—La recuperación del trabajo de quienes aplicaron por primera vez el concepto de cultura y su vinculación con un nuevo tratamiento de la misma, ligado al análisis sincrónico y estructural, inspirado en los aportes de la lingüística y el estructuralismo antropológico de Lévi–Strauss, hecho que permitió a Rama encontrar herramientas para pensar la configuración de las obras y su articulación en sistemas mayores. Rama y Cândido incorporan, aunque siempre de manera crítica, el concepto de estructura, como lo hace Cândido en el artículo “El paso del dos al tres”, publicado en *Escritura*, la revista dirigida por Rama, donde propone superar las simplificaciones dualistas con la incorporación del componente ideológico que permite explicarlas.

—Esfuerzo por conciliar el análisis textual y el análisis contextual en una nueva y genial síntesis, en la cual, precisamente, se busca superar la dualidad texto–contexto y dejar de ver el texto como documento o reflejo de la vida social, para estudiarlo en su propia inserción en un mundo simbólico que es a la vez social y cultural. Esto implica rigor tanto en el análisis sociológico como en el análisis crítico de los textos propiamente dichos: “fidelidad al texto, sensibilidad hacia sus valores artísticos y capacidad de vincular en un diálogo permanente análisis concreto y producción conceptual”, dice Cândido, ya que es desde su especificidad y sus propias claves constructivas y de lectura como la obra literaria nos ofrece formas de inteligibilidad del mundo social: la obra es social no porque sea documental sino porque está construida de acuerdo con claves y ritmos de lo social, el elemento social no ingresa a la obra de manera mecánica sino a través de los “vericuetos” de la construcción literaria, que a su vez dota, desde su especificidad, de inteligibilidad al mundo social. De allí que la obra sea contemplada como estructura estructurante.

—Integración de la crítica y la política, o, como dice también Cândido, “conciencia política en el sentido más amplio y no partidario de la palabra”. Influencia del marxismo crítico, la teoría de la dependencia, la noción de subdesarrollo, etcé-

tera, que permiten explicar las asimetrías, la subordinación, el carácter periférico y la compleja articulación de América Latina con el concierto internacional.

—El enriquecimiento de la teoría literaria desde una posición latinoamericanista, que reflexiona sobre las consecuencias de la dependencia y el subdesarrollo en el ámbito social y cultural, sin por ello dejar de reconocer la jerarquía cultural y artística de los pueblos de América Latina. La marca colonial, la relación asimétrica con los países y culturas hegemónicas, las contradicciones a que da lugar la reproducción en el interior de nuestros países de esas mismas relaciones asimétricas entre la élite y el pueblo, y la consecuente exigencia de tomar en cuenta una mayor cantidad de puntos de articulación, niveles de complejidad y ámbitos de estudio para el análisis: tal, el caso del poder y la reproducción de la estructura colonial en los países de América Latina.

—Integración de la tradición crítica hispanoamericana y la brasileña, a la vez que apertura al tratamiento de áreas hasta el momento desatendidas, como el Caribe. Muchos son los testimonios del esfuerzo integrador de Rama y la creciente participación de Cândido en muchos proyectos de alcance continental.

—Enriquecimiento del estudio de las literaturas nacionales a través de la consideración de procesos locales, regionales y suprarregionales, como lo hace Rama en su *Transculturación narrativa* o en *La ciudad letrada*. Incorporación de las nociones de discurso y heterogeneidad discursiva, provenientes no sólo de Foucault sino principalmente de la reflexión de Cornejo Polar. Creciente incorporación de la nueva perspectiva de lo simbólico e imaginario.

—Incorporación del estudio del ámbito de la lectura y de las instituciones a la crítica literaria. Si la literatura latinoamericana puede definirse, en lugar de emplear esencialismos vacíos, como “una literatura sin lectores” (Cândido), en la cual las élites culturales y artísticas se mantienen separadas de las grandes masas de la población, se hará necesario no sólo entender las razones de la lectura sino también contribuir a generar esa masa crítica de lectores. Una de las formas de superar barreras y tender puentes entre escritores, críticos y lectores, es idear empresas culturales que permitan traducir América en libros y revistas. Así se explica el quijotesco trabajo fundacional de Rama, que retoma la gran tradición de fundación de colecciones, integración de antologías y puesta en marcha de empresas culturales en América Latina.⁵

⁵ Recordemos que Rama estuvo ligado al semanario *Marcha* de Montevideo (1959-1968), de cuya sección literaria fue primero codirector y luego director. Fue miembro del consejo de redacción de *Casa de las Américas* hasta 1971, director de la *Revista Iberoamericana de Literatura de la Facul-*

Liliana Weinberg

Considero que la práctica editorial no está de ningún modo desligada de la práctica crítica, y que ocupa un lugar principal en un actividad que se consolidó en buena medida de manera extrainstitucional. Ha sido fundamental su interés por proponer estrategias concretas de ampliación de la masa crítica de lectores a través de la incidencia del trabajo del intelectual en proyectos educativos y editoriales que apunten a una mayor circulación sin pérdida de calidad.

—La recuperación y consolidación de categorías de análisis propios de la gran crítica literaria latinoamericana anterior a su normalización y a su consolidación como sistema. Me refiero a los aportes mariateguianos para pensar la relación entre literatura y sociedad o a los aportes que Reyes y Henríquez Ureña habían hecho en cuanto a la relación literatura—historia—cultura. Al mismo tiempo, la inclusión de debates propios de las ciencias sociales, y particularmente de la antropología y la sociología, cuya importancia en su formación reconoció el propio Rama.

—El planteo de una relación fuerte entre literatura y vida social, a la vez que respeto por la especificidad y aceptación de la organización y la estructura de cada una de las esferas, y también una postura de reconocimiento de las literaturas regionales y de la necesidad de superar la vieja crítica literaria todavía ligada al nacionalismo, a través del rescate de la cultura popular y la oralidad.

—El esfuerzo por consolidar nuevas herramientas de análisis capaces de dar cuenta de la prodigiosa producción literaria que por esos años hacía eclosión en nuestra América, y fortalecer un discurso crítico a la altura de dicha producción. Esto implicaba un reconocimiento de la necesidad de atender a la especificidad de la obra literaria, la autonomía del campo y la flexibilidad en el establecimiento de tradiciones y genealogías.

—Una recuperación crítica de los aportes de las nuevas corrientes de análisis literario y estético, a la vez que la afirmación de la perspectiva sociológica y el enorme esfuerzo por integrar ambas en una lectura que no resulte reduccionista en uno ni en otro sentido. Así, se da la incorporación de categorías de análisis como la de estructura, y su articulación muy poco ortodoxa con el estudio de otras series de la vida social, cada una de ellas con una autonomía relativa y una organización peculiar, pero al mismo tiempo estableciendo necesariamente relaciones entre ellas.

tad de Humanidades y Ciencias de Montevideo (1966-1970), fundador de la valiosa editorial Arca, de Montevideo, cofundador y codirector de *Escritura*, de Caracas y, por supuesto, fundador de la magna Biblioteca Ayacucho que todos conocemos y consultamos como herramienta de trabajo indispensable.

—Concepción de la literatura como sistema complejo inserto en una discursividad social, en el que cuentan no sólo las obras canónicas sino también otras obras y formas discursivas pocas veces tomadas en cuenta y que es necesario sacar a la luz. De allí el esfuerzo por integrar distintos niveles discursivos y documentos desatendidos de manera frecuente por la crítica tradicional, y muy particularmente los provenientes del ámbito de la cultura popular y las cuestiones del lenguaje.

—Incorporación de la noción de sistema literario y esfuerzo por respetar las notas de complejidad, especificidad, heterogeneidad y apertura al contexto histórico y social.

—Interés por repensar, sin esencialismos ni fundamentalismos trasnochados, los términos en que se puede caracterizar la literatura latinoamericana. Uno de los grandes desafíos para nuestra crítica literaria es pensar ese “cañamazo mínimo” al que se refiere Rama y que se corresponde en cierto modo con la noción de “sistema literario” de Cândido y que permita a su vez lograr estudios ricos y comprensivos que “representen críticamente” dicha literatura sin dejar nunca de atender a la especificidad del fenómeno literario. Así lo plantea Rama en “Un proceso autónomo: De las literaturas nacionales a la literatura latinoamericana”, de 1974, en donde da muestras de su preocupación por:

La demora padecida para montar ese cañamazo mínimo que permita unificar las obras literarias de toda América Latina, construyendo, a partir de él un único discurso global y coherente, que las represente críticamente, como en cambio lo lograron ya los economistas, sociólogos e historiadores para sus respectivas disciplinas. Éstas se han beneficiado de un repertorio de conceptos generales que les permitió superar las fragmentaciones particularizadoras, gracias a la modernidad en que se instituyeron sus métodos, en tanto la literatura no sólo arrastra un aparato crítico que es la suma de su historia milenaria, sino que vive más apegada al evento concreto, privativo y original, que es la obra de arte. (*apud*. Pizarro 21-22)⁶

⁶ Como comenta páginas antes la propia Pizarro (las cursivas son mías):

La literatura es, sabemos, patrimonio universal y la experiencia estética no conoce fronteras, pero las obras surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad que las ve emerger. Éste es el sentido de nuestra preocupación. Para situarlas y llegar a su comprensión cabal necesitamos observar el sistema donde se insertan y el imaginario social que plasman. Porque “*si la crítica no construye obras, sí construye una literatura*” —es la enseñanza que nos dejó Ángel Rama— y la labor de la crítica historiográfica en América Latina para la literatura es generar conocimientos sobre los modos de funcionamiento y el desarrollo de nuestros sistemas literarios como proceso. (18)

Liliana Weinberg

Las palabras con que Ana Pizarro retoma las reflexiones de Rama para plantear a su vez las tareas de la crítica revisten también gran interés:

La construcción de un sistema de referentes teóricos y metodológicos relativos a la especificidad del discurso de nuestra literatura y a su proceso es la tarea de la historiografía literaria —como de la crítica en general— en nuestro continente. Los últimos sesenta años han visto ya la emergencia de un dinamismo importante en este sentido. A pesar de la existencia de algunos trabajos al respecto, este movimiento de reflexión sobre nuestro imaginario deberá ser estudiado y evaluado en su conjunto. Las líneas de trabajo, que han producido en algunos casos excelentes análisis [...] han estado ubicadas en una amplia gama de matices que se extiende entre los polos de consideraciones en torno a la textualidad pura, por una parte, y al discurso sociohistórico por otra. Uno y otros enfoques han tenido mayor o menor vinculación con posiciones críticas surgidas fuera de América Latina y pertenecientes a un patrimonio teórico y crítico general. Lo que nos parece que se ha dado en menor grado es el desarrollo de un aparato crítico que adapte, relativice y cree el instrumental conceptual necesario para montar ese “cañamazo mínimo” que permita construir un discurso global y coherente sobre nuestra literatura. Desde luego que no se trata de dejar de considerar la importancia del aporte crítico foráneo, pero relativizando su posibilidad de explicar los fenómenos propios de la estética de un imaginario surgido en condiciones de desarrollo social y económico dependiente. (Pizarro 22)

—Incorporación del concepto de “sistema”, elemento clave en la consolidación de esta nueva etapa de teoría y crítica literaria latinoamericana. Rama había entablado amistad con Antônio Cândido en 1960, durante un encuentro universitario en Montevideo, y a partir de allí ambos tomaron conciencia de la importancia de integrar el estudio de la literatura brasileña y la hispanoamericana: dos tradiciones que hasta el momento se encontraban separadas. Fue también un intenso reconocimiento de dos estilos de hacer crítica literaria, la de Cândido, en el marco académico, y la de Rama, desde el periodismo cultural de altura, desde las páginas de *Marcha*. En este encuentro reconocen un destino compartido, intercambian experiencias y, mientras que a partir de allí Cândido habría de abrirse al mundo académico y extraacadémico hispanoamericano, Rama habría de encontrar una serie de herramientas que contribuyeron a consolidar su propio rumbo teórico.

Por todo ello, el texto que lleva por título “La modernización literaria latinoamericana (1870-1910)”, publicado como se dijo en 1983, resulta particularmente significativo. Quien lea los párrafos que dedica Rama a la cuestión del sistema

literario descubrirá en ellos no sólo un frío concepto crítico, sino también un testimonio del encuentro simbólico y la reafirmación de un espacio de intelección entre dos grandes corrientes de crítica literaria.

Escribe Rama:

Debe reconocerse a los escritores de la modernización el rango de fundadores de la autonomía literaria latinoamericana, en este nuevo nacimiento de la región. En el mismo tiempo en que surgen las primeras historias de las literaturas nacionales, vinculando el pasado colonial con los años de la independencia y fijando fronteras frecuentemente artificiales con las literaturas de los países vecinos, la intercomunicación y la integración en el marco literario occidental instauran la novedad de un sistema literario latinoamericano que, aunque débilmente trazado en la época, dependiendo todavía de las pulsiones externas, no haría sino desarrollarse en las décadas posteriores y concluir en el robusto sistema contemporáneo.

Antônio Cândido ha distinguido entre “manifestaciones literarias” y una “literatura propiamente dicha” a la que considera un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”, precisando que ‘estos denominadores son, además de las características internas (lengua, imágenes, temas), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, aunque literalmente organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos se distinguen: la existencia de un conjunto de productores literarios, más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de públicos, sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (de modo general, una lengua traducida en estilos) que liga unos a otros”.

De conformidad con esas pautas, es en la modernización que se fragua el sistema literario hispanoamericano (aunque se denomine a sí mismo latinoamericano, cosa que no lo será hasta la posterior y muy reciente incorporación de las letras brasileñas) y su aparición testimonia un largo esfuerzo, viejo de medio siglo, a la “búsqueda de nuestra expresión” que por fin conquista una orgullosa y consciente autonomía respecto a las literaturas que le habían dado nacimiento (la española y la portuguesa), pudiendo ahora no sólo rivalizar con ellas en un plano de igualdad, sino además restablecer sin complejos de inferioridad sus vínculos con las letras maternas, propiciando una primera integración de la comunidad literaria de las lenguas hispánicas [...]. (Rama, *La crítica* 87-88)

Si atendemos a estos mismos rasgos, como:

(1) Características internas (lengua, imágenes, temas): una lengua cuidadosa pero no hermética ni para iniciados, resultante de un esfuerzo por abrirse al gran público universitario y al hombre culto de ciudad, particular preocupación por el tema de lo popular, el realismo.

Liliana Weinberg

- (2) Existencia de un conjunto de productores literarios, más o menos conscientes de su papel (en este caso, su paulatina toma de conciencia del papel del intelectual en A.L.) y su esfuerzo por poner las aptitudes al servicio de causas amplias.
- (3) Un conjunto de receptores, formando los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive: aceptación de la jerarquía de la lectura y los públicos.
- (4) Un mecanismo transmisor (de modo general, una lengua traducida en estilos) que liga unos a otros.
- (5) La “consciente autonomía”, que es también la de esta generación crítica. (87)

En este texto Rama deja testimonio de este fructífero encuentro intelectual entre tradiciones, al incorporar definitivamente la categoría de sistema literario propuesta por Cândido a su propio análisis. Al recordar que el crítico brasileño ha distinguido entre la existencia de “manifestaciones literarias” aisladas y la aparición de una “literatura propiamente dicha”, esto es, de un “sistema de obras ligadas por denominadores comunes”, y parafraseando lo dicho por Rama, podemos afirmar que con él, con Cândido y Cornejo Polar la crítica literaria latinoamericana pasó de ser un mero conjunto de “manifestaciones críticas” aisladas a un “sistema de obras críticas ligadas por denominadores comunes”. Recordemos una vez más las palabras de Rama: “si la crítica no construye obras, sí construye una literatura”.

A estas alturas de su reflexión Rama demuestra la aclimatación del concepto de sistema literario acuñado por Cândido al ámbito crítico hispanoamericano, hecho que en sí mismo supone, para empezar, la inclusión de la tradición brasileña. Por otra parte, enlaza estas reflexiones con la tradición crítica hispanoamericana particularmente representada por la obra de Henríquez Ureña. Incorpora además conceptos como el de “autonomía”, que tanto peso tendrá en Bourdieu, pero aplicado de manera original a las propias características del campo literario latinoamericano y los procesos de modernización, sólo comprensible a través de un tratamiento histórico. Al referirse a este campo toma entonces en cuenta su obligada doble articulación con instancias internas y externas y, al hacerlo, se acerca implícitamente a un tema de reflexión central en la obra de Cornejo Polar: el tratamiento de la heterogeneidad.

Rama está así reconociendo la existencia de una crítica literaria latinoamericana consciente de su autonomía, capaz de generar una teoría que acompañe la gran eclosión literaria de esos años. Su propio texto es un despliegue de esas posibilidades críticas.

Este “sistema” en el que concurre la práctica crítica de muchos grandes estudiosos, proviene en parte del ámbito académico, y en parte no menos fundamental del ámbito extraacadémico (revistas, concursos, coloquios, conferencias), y cuenta ya con las características internas, los temas, el lenguaje especializado, las categorías de análisis, así como el conjunto de productores, receptores y mecanismos transmisores que confirman su autonomía relativa y su mayoría de edad.

1983, el año de la muerte de Ángel Rama, Marta Traba, Manuel Scorza, Jorge Ibarguengoitia, habría sido un año fundamental para la consolidación de la teoría y la crítica literaria latinoamericana. De allí el lamento, que tan plenamente compartimos, de Antônio Cândido. Como bien dice Mabel Moraña, en la década de 1970 el paradigma histórico estaba siendo desplazado por el paradigma estructural. En muchos recintos académicos la filología y la estilística se veían desplazadas por nuevas orientaciones críticas portadoras de sofisticadas herramientas de análisis como el estructuralismo, la semiótica, el análisis del discurso, a la vez que se combatían conceptos por entonces considerados “gastados” como el de autor, intencionalidad, cultura e historicidad. Mientras tanto, en otro espacio simbólico, predominante, aunque no exclusivamente, extraacadémico, Ángel Rama contribuía a la consolidación de un nuevo sistema crítico latinoamericano y traducía su compromiso de salir de la ciudad letrada a través de una generosa entrega a empresas culturales que su muerte convirtió en nuestra herencia.

Así como en el siglo XVIII la cerrazón del poder obligó a que las ciencias naturales se desarrollaran a través de academias, sociedades científicas y otros canales extraacadémicos, las condiciones de represión política obligaron a que muchos de lo mejor del trabajo intelectual se diera también en ámbitos extrauniversitarios, como lo atestigua la atormentada obra de Ángel Rama, Antonio Cornejo Polar y tantos otros de nuestros mejores pensadores.

Hoy por hoy, la recuperación de figuras como Mijaíl Bajtin, Erich Auerbach y Edward Said (otros tres exiliados, otros tres fuera de lugar) nos conduce indirectamente a revalorizar lo hecho por Rama: afirmar, desde el exilio y la crítica de la ciudad letrada, la existencia de un sistema literario de envergadura, que sólo al superar sus primeros límites y volverse suprarregional encuentra nuevas soluciones estéticas de alcance universal, y al que se observa con la agudeza, el talento, el rigor y el compromiso crítico con que sólo un Bajtin secreto leía a Dostoievski, sólo un Auerbach perseguido evocaba a Goethe y sólo un Said extrañado interrogaba a Conrad: la pasión y la nostalgia que todo exiliado

Liliana Weinberg

siente por su casa: ese hogar simbólico *donde arde el fuego nuestro* y se llama nuestra literatura.

Obras citadas

- Antelo, Raúl, ed. *Antônio Cândido y los estudios latinoamericanos*. Series Críticas. Pittsburg: Universidad de Pittsburg / Instituto Nacional de Literatura Iberoamericana, 2001.
- Pizarro, Ana, coord. *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985.
- Rama, Ángel. *Diario 1974-1983*. Montevideo: Trilce / La Nave Va, 2001.
- _____. *La crítica de la cultura en América Latina*. Sel. y pról. Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Rocca, Pablo. "Notas sobre el diálogo intelectual Rama/Candido." Raúl Antelo 47-67.
- Medina, José Ramón. *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1995.
- Darnton, Robert. *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. Trad. Carlos Valdés. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

D. R. © Liliana Weinberg, México, D. F., enero–junio, 2005.

RECEPCIÓN: Mayo de 2004

ACEPTACIÓN: Julio de 2004